

Lo maravilloso medieval presente en el descubrimiento de la América española

Eduardo Daniel Crespo Cuesta *

Resumen: Durante el siglo XVI se llevaron a cabo una serie de descubrimientos dentro del continente americano que permitieron la conformación del Imperio español en las Indias. Este proceso, cronológicamente situado en los albores de la Edad Moderna, estuvo sin embargo marcado por profundas continuidades propias de la mentalidad medieval hispana. Cómo interpretar estos descubrimientos es, entre otros, un aspecto de la conquista española cuya comprensión solo puede darse al reconocer sus raíces medievales. Este trabajo busca comprender el papel del imaginario de lo maravilloso medieval como un motor detrás del anhelo conquistador, esa necesidad imperiosa de ir más allá que escapa al simple análisis de un proceso que fue menos moderno de lo que la historiografía tradicional suele presentar.

Palabras clave: Edad Media, América, imaginario, maravilloso, descubrimiento, conquista, Imperio español.

Abstract: During the sixteenth century several discoveries took place on the American continent that allowed the establishment of the Spanish empire in the Indies. This process, chronologically situated in the dawn of the Modern Era, nevertheless was marked by deep continuities proper of the Hispanic medieval mentality. How to interpret these discoveries is, among others, an aspect of the Spanish *Conquista* which can only be understood after the recognition of its medieval roots. This paper tries to understand the role of the medieval imaginary marvel as a driving force behind the *Conquistadors* imperative need to go further that exceeds the simple analysis of a process that was less modern than what the traditional historiography usually states.

Key words: Middle Ages, America, imaginary, marvel, discovery, Conquista, Spanish empire.

* danielc@uhemisferios.edu.ec

Universidad de Los Hemisferios. Quito, Ecuador

Para el reconocido medievalista español don Claudio Sánchez Albornoz: “de entre todas las colonizaciones conocidas en la Historia es, por tanto, la de España en América la única que enlaza, deriva y enraíza en la Edad Media” (Sánchez Albornoz, 1983, pág. 35). Durante la primera mitad del siglo XVI, se llevó a cabo una serie importantísima de descubrimientos y conquistas dentro del espacio americano que permitieron la conformación del Imperio español en las Indias, que implicaron la adaptación y prolongación de una tradición expansionista propia de las monarquías peninsulares. Este proceso, cronológicamente situado en los albores de la Edad Moderna, estuvo sin embargo marcado por profundas continuidades propias de la mentalidad medieval hispana. En este sentido, este texto pretende aportar elementos para una mayor comprensión del papel del imaginario medieval como un motor detrás del anhelo conquistador, de esa necesidad imperiosa de ir más allá que escapa al simple análisis racional de un proceso que fue mucho menos moderno de lo que la historiografía tradicional lo suele presentar.

Si bien es lugar común señalar a los primeros decenios del siglo XVI americano como una proyección de la Edad Media hispana, comparativamente la bibliografía dedicada a este aspecto parece ser escasa. Tal parece que la falta de trabajos atinentes al establecimiento de lazos de continuidad entre el mundo medieval y el indiano responde a que dicho ejercicio académico, como indica Miguel Ángel Ladero Quesada, tiene por necesidad “relacionar dos ámbitos de especialidad historiográfica que suelen ir por separado” (Ladero Quesada, 2001, pág. 14). De ahí que exista una tendencia a separar ambos mundos en tanto campos de estudio, mas se debe recordar que los cambios en las mentalidades son mucho más lentos de lo que suponen los cambios políticos e incluso institucionales. En consecuencia, es pertinente recordar junto con el filósofo francés y medievalista Étienne Gilson que: “La investigación histórica vive de abstracciones, y cada uno de nosotros se labra en ella un dominio cuyas fronteras son las de su competencia; lo importante es no creer que las limitaciones de nuestro método sean límites de la realidad” (Gilson, 2004, pág. 13).

En este sentido, no puede dejarse pasar la oportunidad de mencionar la importancia de *La Edad Media española y la empresa de América*, obra de don Claudio Sánchez Albornoz, la cual a pesar de su carácter marcadamente apologético y eurocéntrico, establece un marco general que relaciona los ámbitos peninsular e indiano usando como trasfondo histórico la Edad Media peninsular, particularmente la castellana, enfatizando la singularidad de la Reconquista como un factor determinante al momento de establecer las continuidades medievales presentes en la conquista de las Indias. De igual manera, y aunque sea de forma somera, es válido mencionar los avances que en este sentido pueden encontrarse en los trabajos del medievalista mexicano Luis

Weckmann respecto a México y al Brasil; del historiador chileno Luis Anselmo Duarte atinentes al ideal de la misión medieval presente en la conquista americana; del estadounidense Irving A. Leonard acerca de la literatura y su influencia en los conquistadores; o de los hispanistas Joseph Pérez y John H. Elliott.

En este sentido, quién mejor que un cronista de Indias, como fuera Pedro de Cieza de León, podría señalar ese camino de continuidad histórica, marcado por el providencialismo propio de la noción medieval de la historia:

Y la bondad y misericordia de Dios (que no permite mal alguno de que no saque los bienes, que tiene determinado), ha sacado de estos males muchos y señalados bienes, por haber venido tanto número de gentes al conocimiento de nuestra santa fe católica, y a estar en camino para poderse salvar (Cieza de León, Primera parte de la Crónica del Perú, 1984, pág. 7).

[...]

Y las escrituras para esto son y para esto han de servir, que los hombres sepan con verdad los acaecimientos, y también que consideren y noten cómo ordena Dios las cosas y se hace lo que ellos no piensan (Cieza de León, Tercera parte de la Crónica del Perú, 1984, pág. 248).

Dicho lo anterior, y más allá de los distintos aspectos identificables para demostrar la proyección de la mentalidad medieval en la primera mitad del siglo XVI en las Indias españolas, el presente trabajo pretende abarcar solo uno de ellos: la influencia de lo «maravilloso medieval» en la mentalidad de los descubridores y conquistadores.

De acuerdo con Le Goff, lo maravilloso forma parte de un sistema de lo sobrenatural tripartito, junto con lo milagroso y lo mágico. Las maravillas son consideradas reales a pesar de su origen precristiano, gracias a la sujeción de su causalidad a una fuente Única y no múltiple, dando así el salto del mundo antiguo a la cristiandad medieval (Le Goff, *Au Moyen Âge, le merveilleux est bien réel*, 2007). Dentro de este mundo de lo maravilloso, el Oriente ocupa un lugar excepcional: allí están las Indias, como poéticamente señala el mismo Le Goff, la ««antecámara del paraíso»» (Le Goff, *L'Inde, ou l'antichambre du Paradis*, 2007, pág. 86)”, donde se hallan los lugares y los personajes más fabulosos, desde la Fuente de la Juventud hasta los «canefalles», los hombres con cabeza de perro, pasando por el Preste Juan, personaje de leyenda que llegó a influir incluso en las consideraciones de política exterior de algunos reinos europeos y el papado. En este sentido, no se puede evitar volver sobre *Baudolino*, la novela de Umberto Eco donde el personaje homónimo junto con sus amigos da a luz a esta leyenda así como aquella del

Santo Grial, un verdadero mitógrafo surgido de la vida bohemia e intelectual del siglo XII a través de los ojos de uno de los grandes novelistas de nuestra época.

Es así como la descripción de las Indias y sus maravillas ocupa un lugar destacado en los relatos de viajes más célebres de la Edad Media, como *El millón*, también llamado el *Libro de las maravillas*, del veneciano Marco Polo, de fines del siglo XIII; o el *Libro de las maravillas del mundo*, de John Mandeville, de mediados del siglo XIV. Mucho se puede decir sobre el contenido y la misma autoría de estos libros, mas este no es momento para esa digresión.

De igual manera, la posibilidad de convertir a los mongoles al cristianismo, o al menos, de aliarse con ellos para derrotar al Islam, dio inicio desde mediados del siglo XIII a una serie de misiones diplomáticas con destino a Karakorum, la capital del imperio mongol, las cuales también dejaron registros escritos.

De esta manera, y como señala Patrick Boucheron, el siglo XV fue heredero de una doble tradición en cuanto a la exploración se refiere: la primera, fundamentada en los relatos de las misiones orientales de mediados del siglo XIII hacia la corte de los mongoles, trata de buscar la verdad en virtud del espíritu de observación y la valoración de la experiencia; la segunda, cargada de reminiscencias caballerescas y un imaginario fabuloso, hace del viaje la alegoría de una experiencia mística y filosófica, donde la verdad literaria pesa más que la realidad del mundo (Boucheron, 2007, pág. 76).

Cristóbal Colón fue también heredero de esta doble tradición medieval, al igual que muchos otros que siguieron sus pasos. Como señalan Verlinden y Pérez-Embid, a pesar de los aspectos modernos presentes en su mentalidad, “su espíritu no será jamás bastante libre para arrancarle de la rutina medieval sacada de sus lecturas” (Verlinden & Pérez-Embid, 1967, pág. 124).

¿Cuál fue la reacción general del Almirante ante esa nueva realidad por él encontrada, que no se correspondía con los relatos que conformaban su ideario? De la lectura de sus cartas se puede inferir que, luego de un inicial asombro, optó por forzar la realidad para que encaje en la verdad escrita sacada de sus libros: de ahí que con los años se negase a aceptar que la porción norte de las Indias fuese un nuevo mundo (en cambio, lo admitió respecto a las tierras que él mismo reconoció de la costa sudamericana). No se trata de simple testarudez ni orgullo, es toda una cosmovisión la que estaba en juego en su cabeza. A modo de ejemplo, conviene observar uno de los varios paralelismos que se pueden encontrar entre su obra y los textos de Polo y Mandeville. Esta es la descripción que hace Polo de la isla de los canefalles:

Nangama, que es la otra isla, es buena e grande; la gente d'ella es idólatra. Biven bestialmente e comen carne humana. Son muy crueles y tienen la cabeça como canes

mastines grandes e tienen también hombres e mugeres dientes de perros. En esta isla ay gran cantidad de especias (Polo, 2005, pág. 107).

Por su parte, el libro de Mandeville indica:

De aquesta isla se va hombre por la mar Océana por muchas islas hasta una isla que á nombre Bacemerán, la cual es muy hermosa y muy grande, de manera que tiene en rueda C leguas. Y todos los hombres y mugeres de aquesta tierra tienen cabeças de perros, y los llaman «canefalles», e son razonables e de buen entendimiento [...] Y si toman algún hombre en la batalla, ellos se lo comen, y en esto parecen bien canes (Mandeville, 2005, pág. 281).

Ahora, véase cómo el Almirante introdujo a estos personajes en la realidad del nuevo mundo, tal como lo indica Bartolomé de las Casas cuando transcribió la carta del primer viaje colombino:

Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres y que en tomando uno lo degollavan y le bevían la sangre y le cortavan su natura. Determinó de bolver a la nao el almirante a esperar los dos hombres que avía embiado para determinar de partirse a buscar aquellas tierras, si no truxesen aquellos alguna buena nueva de lo que deseavan (Colón, Diario del primer viaje, 2006, pág. 420).

Algo similar se puede observar cuando en agosto de 1498, durante su tercer viaje, Colón descubriera el delta del Orinoco y el golfo de Paria, entre la isla de Trinidad y la costa de la actual Venezuela. En ese lugar creyó encontrar el Paraíso Terrenal y para demostrarlo, acude a una larga lista de autoridades, que incluye a San Isidoro, San Beda el Venerable, San Juan Damasceno, San Ambrosio e inclusive al geógrafo griego Estrabón:

Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión destos santos y sacros teólogos. Y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vezina de la salada. Y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia y, si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que sepan en el mundo de río tan grande y tan fondo, al cual no pude llegar (Colón, Diario del tercer viaje, 2006, págs. 538-539).

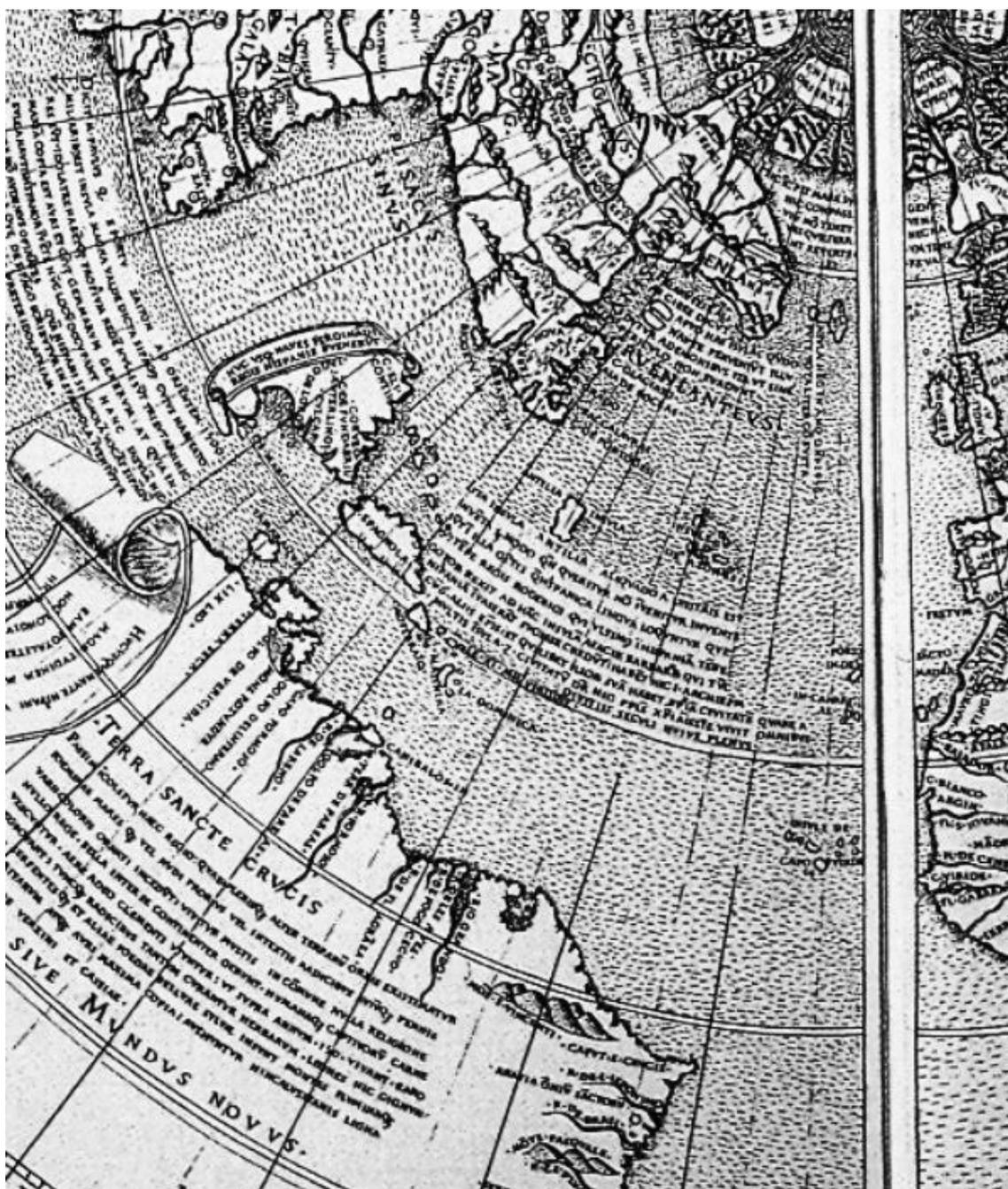
Colón también fue el primer explorador europeo en revitalizar el mito de las amazonas en tierras americanas, persistente desde la Antigüedad. Durante su primer viaje, en enero de 1493, supo de una isla habitada solamente por mujeres llamada Matinínó, las cuales eran visitadas una vez al año por los hombres de la isla de Carib, ubicada a 10 o 12 leguas de distancia. Si de estas uniones nacían niños eran enviados con sus padres, mientras que las niñas permanecían en

la isla junto a sus madres (Colón, Diario del primer viaje, 2006, págs. 481, 490). En este relato, Colón no se aleja de la descripción de las islas Masculina y Femenina de Marco Polo, aunque en el relato del veneciano sus habitantes eran cristianos (Polo, 2005, pág. 117). De esta manera Colón, sin proponérselo, abrió la puerta para que el relato de las Amazonas se transformase en un poderoso motor de nuevos descubrimientos y conquistas que recorrerán todo el continente americano, desde California hasta las selvas sudamericanas, pasando, de paso, por la novela de caballerías las *Sergas de Esplandián* (1510), obra de Garci Rodríguez de Montalvo, autor también de la versión final del *Amadís de Gaula*, en una retroalimentación admirable entre la ficción y los descubrimientos geográficos:

Sabed que a la diestra mano de las Indias ovo una isla llamada California mucho llegada a la parte del Paraíso terrenal, la cual fue poblada de mugeres negras sin que algún varón entre ellas oviesse, que casi como las Amazonas era su estilo de bivar; estas eran de valientes cuerpos y esforçados y ardientes coraçones, y de grandes fuerças.

La ínsola en sí, la más fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se fallava. Las sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras en que, después de las aver amansado, cavalgavan; que en toda la isla no havía otro metal alguno. Moravan en cuevas muy bien labradas (Rodríguez de Montalvo, 2003, págs. 727-728).

Si se retoma el hecho de que Colón fue un explorador heredero de una doble tradición que tomó forma desde mediados del siglo XIII, se puede comprender que su cosmovisión no haya sido única ni mucho menos extemporánea. Es pues pertinente mencionar que el primer viaje colombino se vio precedido ya por la travesía de Telles, en 1475, a fin de encontrar la isla de las Siete Ciudades, Antilia, y el viaje de Ferdinand Van Olmen en 1487, con el mismo objetivo. Ambos viajes fallidos, en busca de una isla nacida del imaginario medieval hispano, son antecedentes directos del viaje de Colón (Verlinden & Pérez-Embid, 1967, págs. 33-38), más aún si se considera que tanto para el Almirante como para el geógrafo florentino Paolo Toscanelli, con quien mantuvo correspondencia, dicha isla podría ser una escala en el camino hacia Cipango y Catay, tal como se puede apreciar en el mapamundi de Johannes Ruysch, de 1508, incluido en la *Geografía* de Ptolomeo, publicada en Roma ese año.



Fuente: (Casado Soto & Otros, 1992, pág. 71)¹

¿Y qué se puede decir de los exploradores que siguieron la senda abierta por Colón en las costas americanas? Ellos también fueron, en mayor o menor medida, herederos de esta doble tradición medieval. Para los primeros años del siglo XVI ya queda establecida con claridad la acepción de que las tierras descubiertas no eran parte de Asia, sino un nuevo mundo en toda su extensión. Sin embargo, el imaginario medieval fuertemente arraigado en los descubridores no

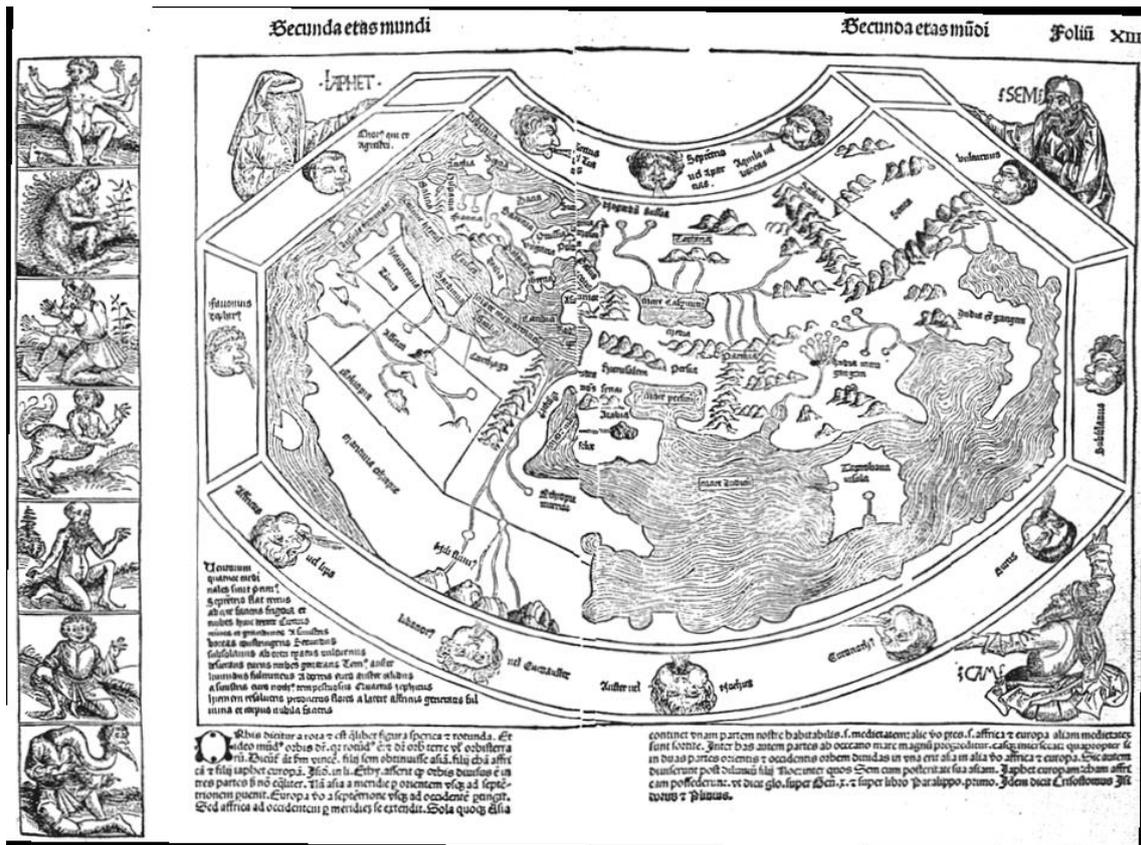
¹ Detalle del mapamundi de Ruysch. Al centro se puede observar la mítica isla de Antilia, la isla de las Siete Ciudades. Aquí se la puede observar tal como la imaginaron Toscanelli y Colón, como una escala en la ruta hacia Cipango y Catay. Terranova aparece formando parte de Asia y solo Sudamérica es considerada un Mundo Nuevo, como opinó Colón hasta el fin de sus días.

había sino empezado su expresión indiana. En el caso de Américo Vespucio, uno de los primeros en superar la concepción geográfica colombina, su cautela ante las palabras del Almirante tampoco le eximirá de evadir por completo la concepción de lo maravilloso. Como señalan Verlinden y Pérez-Embid:

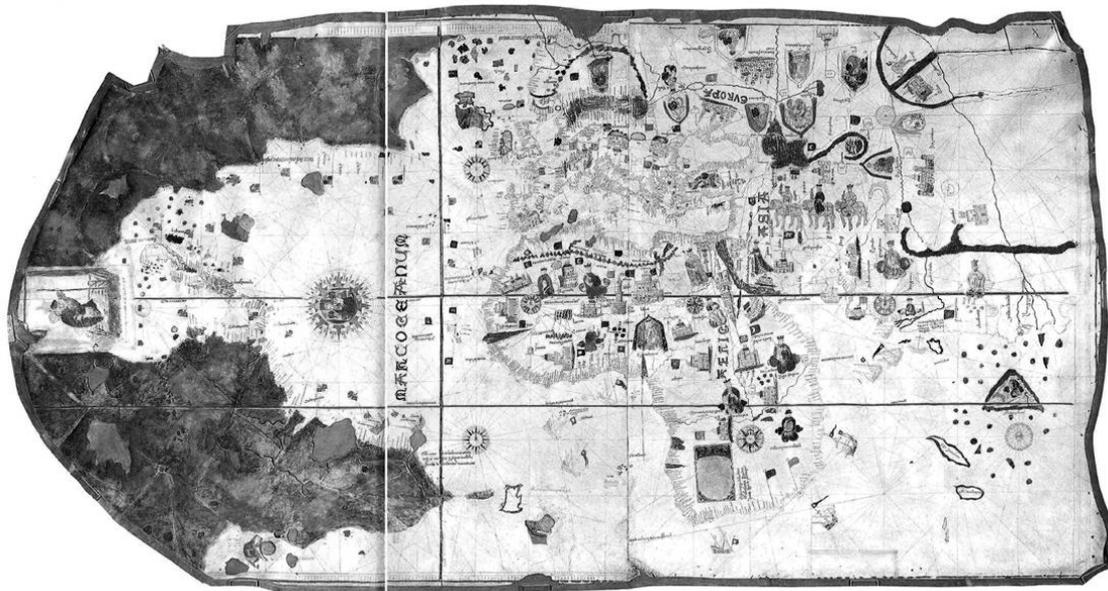
Hablando de la costa norte de América del Sur, también él la encuentra paradisíaca, y escribe: «Con seguridad, si hay en el mundo algún paraíso terrestre, no puede estar lejos de allí...» «Si hay...» Toda la diferencia está en ese condicional, que separa la hipótesis del salto en el vacío (Verlinden & Pérez-Embid, 1967, pág. 125).

Similar ejercicio podría hacerse con las referencias al viaje de Juan Ponce de León a la Florida en búsqueda de la Fuente de la Juventud, tal como señala el cronista de Indias Francisco López de Gómara, que llevan con facilidad al texto de Mandeville; o a la búsqueda de las Siete Ciudades por el sur de los actuales Estados Unidos, de la mano de la relación escrita por fray Marcos de Niza; o a la búsqueda de las amazonas por América del Sur, cuyos episodios más célebres, que incluyen un combate con las famosas guerreras, han sido legados por la pluma de fray Gaspar de Carvajal, solo por dar tres de los ejemplos más conocidos. Al respecto, en este trabajo simplemente conviene dejar indicado que el imaginario del Oriente medieval siguió en los años posteriores a los viajes colombinos desplegándose por las islas del Caribe, hasta que la expedición de Hernán Cortes en 1519 le diera un impulso inimaginable que le permitió expresarse en todo el continente americano.

Todo este imaginario encuentra su expresión gráfica en los mapas, tanto en aquellos que guiaron la imaginación de los descubridores, como en los que fueron elaborados según sus viajes o por ellos mismos. Son documentos de carácter didáctico, que nos permiten observar la cosmovisión del mundo propia de la época, donde lo real sigue compartiendo el espacio con lo mítico y maravilloso. Los mapas son, como indicaba Paul Zumthor, verdaderos relatos, que incluían los edificios y episodios más notables de la historia (Rubio Tovar, 2005, pág. LXVIII).



Fuente: (Casado Soto & Otros, 1992, pág. 69)²



Fuente: (Martín López & Otros, 2001, págs. 86-88)³

² Mapamundi de la Crónica de Nüremberg, 1493. Nótese que aun no incluye los descubrimientos del primer viaje de Colón, pero sí a los hijos de Noé sosteniendo tres de las cuatro esquinas, además de la presencia de una serie de personajes fabulosos en el margen izquierdo.

³ Carta de Juan de la Cosa, 1500. Considerada «el más importante bosquejo geográfico que nos ha legado la Edad Media», es la primera pieza de la cartografía andaluza, y en su elaboración se juntan la tradición medieval y la experiencia de los recientes descubrimientos geográficos.

Las referencias exageradas y maravillosas de los primeros descubridores configuraron una parte importante de la mentalidad heredada por los conquistadores, donde lo real y lo fabuloso se entrecruzaron y transformaron en impulsos detrás del avance conquistador. Este aspecto presente en los conquistadores se evidenció a todo lo largo y ancho de las Indias, y la búsqueda de lugares y personajes míticos, tales como Cibola o Quivira, y en especial de las amazonas, motivó el avance español tanto como las noticias reales de las riquezas de México o el Perú. De la misma manera, nombres que han perdurado hasta el día de hoy, como Antillas, California, Amazonas, Brasil o Patagonia, son huellas del imaginario medieval que pasó a América y que, fusionado con los relatos obtenidos de los indígenas, producirán nuevos lugares maravillosos y llenos de riquezas, dignos de ir en pos de ellos, tales como El Dorado o el País de la Canela.

De esta manera, se puede ver cómo a partir de la doble tradición medieval propia de los viajeros y exploradores, basada, por una parte en los relatos de las misiones orientales de mediados del siglo XIII, donde la observación y la experiencia son fundamentales; y por otra en los relatos de viajes como aquellos de Marco Polo o John Mandeville, donde lo caballeresco y lo maravilloso crean una verdad literaria que sobrepasa la realidad, tornándola fantástica, se gestó la visión de América como las Indias, esa antecámara del Paraíso que sedujo al hombre medievalde manera obsesiva. Es este conjunto de concepciones medievales el que va a primar hasta el segundo tercio del siglo XVI, cuando la realidad de la exploración y la observación terminen por demostrar que las tierras descubiertas no forman parte del imaginario medieval del mundo, sino que lo han expandido de cara a la modernidad.



Fuente: (Rumold Mercator, 2014)⁴

Como ha quedado señalado, la evolución cartográfica de finales del siglo XV a fines del XVI muestra gráficamente cómo los descubrimientos geográficos racionalizaron paulatinamente la visión del mundo para el hombre occidental, desapareciendo de los mapas las referencias a seres y lugares de indiscutible realidad para el hombre medieval, mas no ya para el moderno.

Ya no queda lugar para lo maravilloso medieval en la realidad geográfica, cuando los descubridores no encontraron aquellos lugares o personajes que supuestamente se hallaban en el Oriente de su imaginación: los «canefalles», la Fuente de la Juventud o el Paraíso Terrenal, por mencionar algunos. Sin embargo, y ante la progresiva racionalización del conocimiento geográfico, el pensamiento renacentista, y posteriormente el ilustrado, se negarán a borrar la visión mítica por completo. América nunca será ella misma, de alguna manera seguirá conservando en su ser parte de ese Oriente maravilloso medieval; como lo explicaría Mircea Eliade, su carácter mítico se ha degradado, perdió su transparencia original pero no por ello disminuyó su poder de fascinación: el arquetipo siguió dando sentido a las cosas y creando valores culturales (Eliade, 2003, págs. 386-389). Así, y gracias a una suerte de mitificación humanista, el Nuevo Mundo seguirá siendo el hogar del «otro», necesario e ideal, frente al cual el europeo de los albores de la Modernidad empezó a identificarse, el «buen salvaje» americano cuya proyección ideológica es, hasta nuestros días, sustento de revoluciones y utopías.

Bibliografía

- Boucheron, P. (2007). L'invitation au voyage... *Les Collections de l'Histoire*(36), 73-77
- Casado Soto, J. L., & Otros. (1992). *La imagen del mundo. 500 años de cartografía*. Madrid: Fundación Santillana
- Cieza de León, P. (1984). Primera parte de la Crónica del Perú. En P. Cieza de León, & C. Sáenz de Santa María (Ed.), *Pedro de Cieza de León. Obras completas* (Vol. I). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo
- Cieza de León, P. (1984). Tercera parte de la Crónica del Perú. En P. Cieza de León, & C. Sáenz de Santa María (Ed.), *Pedro de Cieza de León. Obras completas* (Vol. I). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo
- Colón, C. (2006). Diario del primer viaje. En M. Á. Pérez Priego (Ed.), *Viajes medievales* (Vol. II). Madrid: Fundación José Antonio de Castro

⁴ Planisferio de Rumold Mercator, 1587. Refleja ya una visión moderna del mundo, basada en la exploración y el conocimiento geográfico.

- Colón, C. (2006). Diario del tercer viaje. En M. Á. Pérez Priego (Ed.), *Viajes medievales* (Vol. II). Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Eliade, M. (2003). *Tratado de historia de las religiones*. México: Era
- Gilson, É. (2004). *El espíritu de la filosofía medieval*. Madrid: Rialp
- Ladero Quesada, M. Á. (2001). Prólogo. En L. A. Duarte, *Ideales de la misión medieval en la conquista de América*. Madrid: Fundación Universitaria Española
- Le Goff, J. (2007). Au Moyen Âge, le merveilleux est bien réel. *Les Collections de l'Histoire*(36), 7-12
- Le Goff, J. (2007). L'Inde, ou l'antichambre du Paradis. *Les Collections de l'Histoire*(36), 86-87
- Mandeville, J. (2005). Libro de las maravillas del mundo de Juan de Mandavila. En J. Rubio Tovar (Ed.), *Viajes medievales* (Vol. I). Madrid: Fundación José Antonio de Castro
- Martín López, J., & Otros. (2001). *Tesoros de la cartografía española*. Madrid: Biblioteca Nacional/Caja Duero
- Polo, M. (2005). Libro de Marco Polo. En J. Rubio Tovar (Ed.), *Viajes medievales* (Vol. I). Madrid: Fundación José Antonio de Castro
- Rodríguez de Montalvo, G. (2003). *Sergas de Esplandián*. Madrid: Castalia
- Rubio Tovar, J. (2005). Introducción. En J. Rubio Tovar (Ed.), *Viajes medievales* (Vol. I). Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Rumold Mercator. (27 de Enero de 2014). Obtenido de:
http://en.wikipedia.org/wiki/Rumold_Mercator
- Sánchez Albornoz, C. (1983). *La Edad Media española y la empresa de América*. Madrid: Cultura Hispánica
- Verlinden, C., & Pérez-Embid, F. (1967). *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Madrid: Rialp.